



La misma trampa, dos disfraces

Cómo izquierda y derecha terminan empujando a los judíos por la misma ventana

POR BERNARDO BORKENZTAIN

Hay una frase que un militante de izquierda y un streamer de derecha usan exactamente igual, con los nombres cambiados: "acá se ve el doble estándar". Tienen razón los dos, lo cual debería alarmar más de lo que alarma.

Empecemos por la izquierda regional, porque ahí el fenómeno es más reciente y más fácil de mostrar con fechas. La misma militancia que exige la cabeza de Netanyahu ante la Corte Penal Internacional guardó silencio, cuando no salió directamente a defenderlo, ante los centenares de presos políticos que Nicolás Maduro acumuló en Venezuela durante años, documentados uno por uno por organizaciones como Foro Penal. La misma indignación que se moviliza en las calles por Gaza, con motivos reales y verificables, nunca encontró ese mismo fervor para Darfur, donde Sudán mató a cientos de miles de personas por motivos étnicos a comienzos de siglo, ni para Ruanda en 1994, donde murieron unas ochocientas mil personas en cien días mientras el mundo discutía procedimientos en Naciones Unidas. Las causas no son incompatibles entre sí. Lo que delata al doble estándar es que la intensidad del reclamo no se explica por la magnitud del sufrimiento, se explica por quién es el responsable, y si ese responsable figura o no en la lista de enemigos que la propia tribu ya decidió odiar.

La derecha tiene su versión, más vieja y menos disimulada. No hace falta buscar mucho: alcanza con prender cualquier stream de la derecha soberanista rioplatense

para toparse con el Plan Andinia, la teoría que sostiene, sin una sola prueba documental en cincuenta años de circular, que Israel y organizaciones judías planean apropiarse de la Patagonia para fundar ahí un segundo Estado judío. O con su variante más genérica y más repetida: que los medios de comunicación, la banca internacional, o las dos cosas juntas, responden en última instancia a intereses judíos. Ninguna de las dos versiones resistió jamás una auditoría periodística seria. Ninguna la necesita para seguir circulando, tampoco.

Hay una tercera pieza en este cuadro, y no es simétrica a las otras dos, así que la nombro con cuidado para no aplanarla: muchos judíos, me incluyo, tenemos una reacción casi automática de gritar "antisemitismo" ante cualquier crítica a Israel, sin distinguir siempre entre la crítica legítima a una política de Estado y el prejuicio genuino contra un pueblo. Esto no es lo mismo que el libelo de Salle o la indignación selectiva de la izquierda. Esas dos son ofensivas: buscan un blanco y lo encuentran. El automatismo judío es defensivo: es la reacción de un grupo que lleva siglos siendo el blanco real del prejuicio que las otras dos partes reciclan con vocabulario nuevo, y que tiene motivos concretos y recientes, Bondi Beach entre ellos, para desconfiar de cuándo una crítica es genuina y cuándo es la puerta de entrada de ese prejuicio viejo. Eso no lo vuelve inmune al error, y por eso vale la pena nombrarlo: no es la posición de "los judíos" como bloque (en este mismo texto aparecen B'Tselem y Jewish Voice for Peace discrepando en público, con dureza, de esa reacción), pero está lo bastante extendida como para que el propio debate sobre la definición de la IHRA, la que adoptó la Comisión Real australiana, gire en buena medida en torno a si diluye el término hasta volverlo inservible el día que hace falta de verdad.

Hay una tercera pieza en este cuadro, y no es simétrica a las otras dos, así que la nombro con cuidado para no aplanarla.

Y ahí está el nudo, aunque no sea un nudo simétrico: la extrema derecha ataca con libelos viejos, la izquierda mira para el costado con su indignación selectiva, y una parte de la comunidad judía, la que de verdad está en la mira de las otras dos, a veces responde con un reflejo defensivo que dispara antes de apuntar. No son lo mismo ni pesan lo mismo: los dos primeros eligen el prejuicio, el tercero lo padece y a veces sobre-reacciona por eso. Pero los tres terminan, por caminos distintos, discutiendo etiquetas en vez de discutir hechos, y ese enredo compartido es lo que termina sirviéndole, a fin de cuentas, a la propaganda que se beneficia de la confusión. Lo que no se puede matizar es quién paga el costo cuando esa confusión colapsa en la calle: nunca es el streamer que repitió el Plan Andinia, ni el militante que calló sobre Maduro, ni el que grita antisemitismo de más. Es, casi siempre, un judío cualquiera que no tuvo nada que ver con ninguna de las tres discusiones. A ese automatismo, propio y ajeno, le dedico buena parte de mis estudios y mis columnas, y este texto no es la excepción.

EL HECHO

Bondi Beach, o cómo se ve la teoría cuando deja de ser teoría

El 14 de diciembre de 2025, en la primera noche de Janucá, una familia de Sydney encendía las velas en la playa de Bondi. Chabad organiza ese evento todos los años: mesas largas, chicos corriendo, el sonido raro de una fiesta religiosa que se celebra frente al mar. Esa noche, Sajid Akram y su hijo Naveed, ambos con antecedentes de radicalización yihadista, abrieron fuego contra la celebración. Murieron quince personas. El ataque fue reivindicado en el entorno de ISIS.

Hasta acá, la crónica. Lo que sigue es la parte que le importa a este ensayo: en las horas posteriores al tiroteo, mientras todavía no se sabía con certeza cuántos muertos había, en redes ya circulaba la versión de que todo había sido una operación de bandera falsa organizada por el propio Israel para victimizarse. La matanza real, verificada, con nombres y apellidos de víctimas, convivió en el mismo timeline con la mentira que la negaba.

No hace falta que nadie se lo proponga. Alcanza con que el marco esté puesto y que la gente lo use.

Ese doblez es el tema de este texto. No es una curiosidad de internet. Es un mecanismo, y funciona con la misma eficacia (aunque con vocabularios distintos) en boca de un diputado que se dice "antisistema" de derecha y en boca de un senador comunista que se dice defensor de los oprimidos. La tesis es simple de enunciar y más incómoda de sostener: tanto el ala más dura de la derecha uruguaya como buena parte de la izquierda regional caen, por caminos opuestos, en la misma trampa cognitiva que describió George Lakoff, y esa trampa termina corriendo la ventana de lo decible exactamente en la dirección que necesita la propaganda

islamista radical para normalizar el prejuicio antijudío.

Lo que pasó en Bondi Beach en cuestión de horas, la matanza real conviviendo con la mentira que la negaba, es la versión acelerada y brutal de algo que Lakoff describió hace treinta años en un contexto mucho menos sangriento. Antes de nombrar a nadie más, conviene entender esa maquinaria con calma.

EL MARCO TEÓRICO

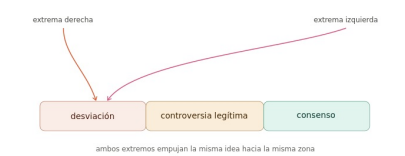
La caja de herramientas: por qué Lakoff, Overton y Hallin no son un tribunal

George Lakoff no inventó un detector de mentiras. Inventó una descripción de cómo funciona el cerebro político: cuando alguien instala un marco (un frame) en el discurso público, cualquier cosa que se diga después, a favor o en contra, termina activando ese marco. Su ejemplo clásico es el título de su libro: si te digo "no pienses en un elefante", ya pensaste en el elefante. Trasladado a la política, esto significa que negar un encuadre ajeno con las propias palabras del adversario refuerza ese encuadre en lugar de destruirlo.

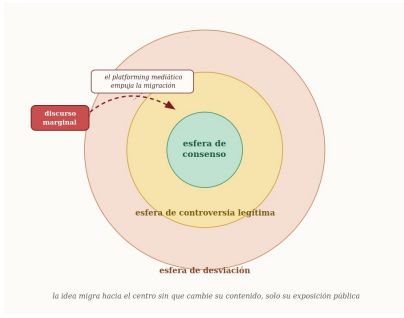
La Ventana de Overton, la idea que le debemos a Joseph Overton del Mackinac Center, describe el rango de políticas que una sociedad considera aceptables en un momento dado, desde lo impensable hasta la ley vigente. Un trabajo académico reciente sobre el tema advierte algo que conviene subrayar: la neutralidad moral del concepto exige que quien lo usa traiga sus propios criterios normativos desde afuera, porque correr la ventana no equivale a progreso: mover ciertas ideas de los márgenes al centro puede normalizar tanto políticas excluyentes o peligrosas como reformas más inclusivas. Dicho de otro modo, la ventana es una herramienta de diagnóstico, no un veredicto de bien o mal. El mismo trabajo agrega una idea que uso más adelante: hoy no hay una ventana única, sino ventanas fragmentadas y superpuestas, cada una correspondiente a distintas comunidades ideológicas.

Daniel Hallin, historiador del periodismo, aportó la tercera pata: el discurso público se organiza en tres esferas concéntricas. En el centro, la esfera de consenso (lo que nadie discute). Alrededor, la esfera de controversia legítima (donde el periodismo hace su trabajo habitual de dar ambos lados). Y afuera de todo, la esfera de desviación, donde van a parar las ideas que la sociedad rechaza sin necesidad de debatirlas.

Con esas tres herramientas se puede describir un fenómeno preciso: cómo una idea periférica migra hacia el centro sin que nadie firme abajo la responsabilidad de haberla movido. Ahora sí, los casos.



La Ventana de Overton: la extrema derecha y la extrema izquierda parten de discursos opuestos, pero ambas flechas convergen sobre la misma zona de desviación.



Las esferas de Hallin: el platforming mediático empuja la migración de un discurso marginal hacia el centro.

III EL CASO DE DERECHA

Gustavo Salle y el antisemitismo que se disfraza de antisistema



Gustavo Salle Lorier es abogado penalista, fundador del partido Identidad Soberana, diputado por Canelones desde febrero de 2025. Se presenta como "heterodoxo", enemigo del "Partido Único del Nuevo Orden Mundial" que, según él, engloba tanto al Frente Amplio como a la coalición tradicional. Hasta ahí, populismo soberanista de manual, parecido al de tantos otros en la región.

El problema aparece cuando Salle explica quién mueve los hilos de ese orden que combate. En su columna del programa radial *Hacemos lo que Podemos*, sostuvo textualmente que combate a una "mafia masónica" que está "enquistada en todas las instituciones" y que "generó al Uruguay", y remató así: "la masonería es peona del judeosionismo. Los masones son meros peones, de segunda, de los judeosionistas. El masón es considerado por el judeosionista un mero goyín, ganado. La masonería judía, la B'nai B'rith es otra cosa, esa sí no es peona. Esa está en la cúspide" (Montevideo Portal, 6 de julio de 2024). El director de B'nai B'rith Uruguay, Javier Galperin, le respondió en el mismo artículo que no era la primera vez que Salle tenía "discursos de odio antisemita".

"La masonería es peona del judeosionismo [...] Esa está en la cúspide." — Gustavo Salle, julio de 2024

No hace falta glosario para reconocer la estructura. Es el viejo mito del titiritero judío que maneja el mundo desde las sombras, actualizado con vocabulario de podcast: "cleptocorporatocracia", "Agenda 2030", "globalismo". En enero de 2026, tras una publicación de Salle en X donde afirmaba que "la cleptocorporatocracia es fundamentalmente judeo-sionista", la senadora nacionalista Graciela Bianchi pidió públicamente un "llamado de atención" invocando el artículo 115 de la Constitución, y recordó el antecedente histórico más incómodo que tiene el Parlamento uruguayo en esta materia: en julio de 1941, el diputado

colorado Alejandro Kayel, director del semanario pronazi *Libertad*, fue desaforado por sus opiniones antisemitas (Montevideo Portal, 5 de enero de 2026).

Que quede claro: nada de esto es antisionismo entendido como crítica a una política de Estado. Es antisemitismo con vocabulario nuevo. Cuando alguien dice que existe una jerarquía secreta ("la B'nai B'rith está en la cúspide") que maneja bancos, gobiernos y medios, y que el resto de la humanidad son "peones" o "ganado" frente a esa jerarquía, no está describiendo la política exterior de Israel. Está describiendo *Los protocolos de los sabios de Sion* con otro nombre.

Salle tiene una segunda capa, más difícil de fotografiar porque corre por canales de streaming y no por prensa tradicional: junto a su hija Nicolle, también diputada, promovió en 2026 una comisión investigadora sobre lo que llamaron "la conspiración del Covid-19, fruto de la ideación de criminales pedófilos probados a nivel mundial", apoyándose en la difusión de los llamados archivos Epstein por parte del Departamento de Justicia de Estados Unidos (Búsqueda, 13 de febrero de 2026). Ese dato sí está confirmado en un medio serio, con fecha y firma.

En ese mismo circuito de streaming, pero ya en un registro distinto de verificación, Salle sostiene con frecuencia que "todos los que son top en gran alto grado de la comunicación o son judíos o trabajan para judíos o le tienen miedo a un judío que es el jefe", y que "no hay medio de comunicación independiente" por la existencia de la Anti-Defamation League. Esa cita puntual la tengo solo por transcripción de video sin marca temporal verificable de forma independiente, así que la dejo señalada como tal: atribuida a Salle en una entrevista de YouTube, no confirmada por mí en fuente primaria abierta.

IV EL CASO DE IZQUIERDA

Óscar Andrade y la palabra que pesa antes de tiempo

Óscar Andrade es senador, secretario general del Partido Comunista del Uruguay, una de las voces con más peso dentro del Frente Amplio. En mayo de 2026 señaló públicamente que el Senado uruguayo no se había pronunciado sobre "el genocidio en Gaza", a diferencia de lo ocurrido con el bloqueo a Cuba (Caras y Caretas, 18 de mayo de 2026). No es una ocurrencia aislada suya: la bancada frenteamplista, según su propio presidente de la comisión de relaciones internacionales, Fernando Gambera, concluyó "en catalogar lo que sucede en Gaza de genocidio" (openDemocracy, 7 de octubre de 2025).

Acá es donde el ensayo tiene que ir despacio, porque es fácil resbalar hacia la caricatura y no quiero escribir una caricatura.

Primer punto, y conviene decirlo con toda la fuerza posible: la palabra genocidio para describir Gaza no la inventó la izquierda uruguaya ni es una rareza militante. La usan al menos treinta y dos países, entre ellos España, Brasil, Colombia, Turquía y Arabia Saudita, la usan Human Rights Watch, Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras, B'Tselem y Jewish Voice for Peace, y la usa la propia relatora especial de Naciones Unidas para los territorios ocupados. Cualquier ensayo que trate esa posición como si fuera una rareza marginal, o peor, como síntoma de deriva antisemita, está mintiendo por omisión.

Segundo punto, el que de verdad habilita el análisis lakoffiano sin necesidad de forzarlo: hay exactamente dos instancias en el planeta con competencia para convertir esa palabra en un hecho jurídico, y ninguna de las dos lo hizo todavía. La Corte Internacional de Justicia dictó, el 26 de enero de 2024, medidas provisionales: encontró que los derechos invocados por Sudáfrica eran "plausibles" y que existía un "riesgo real e inminente", pero su presidenta de entonces, la jueza Joan Donoghue, fue



El expediente ante la CIJ y la CPI sigue abierto.

explícita en que la Corte no se pronunciaba sobre si Israel estaba cometiendo genocidio, y que ese fallo de fondo podía tardar años (Democracy Now!, 26 de enero de 2024). El expediente sigue abierto: Israel presentó su contramemorial recién en marzo de 2026 y la Corte fijó nuevos plazos procesales en mayo de ese año. La Corte Penal Internacional, la otra instancia con competencia, emitió en 2024 órdenes de arresto contra Netanyahu y Gallant, pero por crímenes de guerra y de lesa humanidad, no por genocidio.

La relatora especial de la ONU que cité más arriba, Francesca Albanese, merece su propia vuelta de tuerca antes de que el lector la descubra solo y sospeche que este texto esconde algo: es ella misma una figura profundamente controvertida en esta misma discusión. En 2014 escribió, con esas palabras exactas, que Estados Unidos estaba "subjugated by the Jewish lobby": lobby judío, no lobby israelí, la diferencia no es cosmética, es la que separa una crítica a una política de Estado de la vieja fórmula étnico-religiosa. Se disculpó después, pero acá aplica una ley que cualquiera que trabaje con desinformación conoce de memoria, la asimetría de Brandolini: lo que cuesta un segundo lanzar tarda años en desarmarse, y la frase le volvió a estallar en la cara en 2022, cuando resurgió, y sigue circulando hoy.

Ni la CIJ ni la CPI dictaron sentencia de fondo sobre genocidio en Gaza.

En marzo de 2024, para el Día Internacional de la Mujer, dedicó un pensamiento a "las mujeres de Gaza" y, en la misma publicación, a "las mujeres israelíes, especialmente las soldados: qué hicieron, en qué se convirtieron, un día se van a dar cuenta y las va a perseguir para siempre", sin una mención a que muchas de esas mujeres habían sido violadas o secuestradas apenas cinco meses antes, el 7 de octubre. Comparó reiteradamente la política israelí en Gaza con el nazismo, llamando a la Franja "el campo de concentración más vergonzoso del siglo veintiuno". No son frases sueltas: es un patrón de conducta sostenido en el tiempo.

En 2024, cuando Macron calificó la masacre del 7 de octubre como "la mayor masacre antisemita del siglo", Albanese le respondió públicamente cuestionando el término, y el propio gobierno francés (no una ONG, la cuenta oficial de France Diplomatie) calificó su postura de "vergonzosa". Alemania se sumó a la condena por la misma vía oficial. Nada de esto lo digo con la fuente de UN Watch, que es un actor claramente de parte: lo verifiqué contra las declaraciones directas de los gobiernos de Francia y Alemania, y contra cobertura de medios universitarios y judíos independientes de esa ONG. Hay, en honor a la balanza, quien defiende a Albanese argumentando que hablar de un lobby con peso político no es automáticamente un exabrupto antisemita (ahí está el libro de Mearsheimer y Walt de 2008 sobre el lobby israelí como antecedente académico serio), y que buena parte de la campaña en su contra busca acallar la crítica legítima a la ocupación. Ninguna de las dos cosas anula a la otra: se puede sostener, a la vez, que la ocupación merece crítica dura y que la vocera que más repite la palabra genocidio arrastra ella misma un historial de frases que activan, sin metáfora, el prejuicio más viejo del planeta. La cadena de citas que sostiene el marco de Andrade pasa, en algún eslabón, por una fuente que no está libre de la misma sospecha que este ensayo persigue.

Entonces la trampa no está en usar la palabra. Human Rights Watch la usa, y nadie razonable acusa a Human Rights Watch de antisemitismo.

Afecta también a la fuente institucional más fuerte de todas, no solo a Albanese: la Comisión Internacional de Investigación de la ONU que en septiembre de 2025 concluyó formalmente que hubo genocidio, y que basó buena parte de su hallazgo de dolo especial en declaraciones de Gallant y Herzog, estuvo integrada por tres personas: Navi Pillay, Chris Sidoti y Miloon Kothari. Kothari había dicho que el "lobby judío" controla las redes sociales; Sidoti, que los judíos "tiran acusaciones de antisemitismo como arroz en una boda"; Pillay calificó las preocupaciones sobre antisemitismo de "mentiras". Los tres renunciaron en julio de 2025.

Pronunciar el término con la cadencia de un hecho resuelto hace que cualquier matización posterior suene a excusa.

Ese historial fue condenado, en sesión oficial de la Asamblea General de la ONU, por al menos dieciocho países de perfiles ideológicos muy distintos entre sí, entre ellos Alemania, Italia, Guatemala, Hungría y Uruguay. Esto no invalida automáticamente cada dato específico del informe (las citas de Gallant y Herzog están verificadas en fuentes independientes de esta Comisión), pero sí significa que la fuente institucional que formalizó el hallazgo de intención genocida arrastra, ella misma, un problema de credibilidad reconocido multilateralmente, no solo denunciado por Israel o Estados Unidos. La trampa lakoffiana, la genuina, está en algo

más sutil: pronunciar el término con la cadencia de un hecho jurídicamente resuelto hace que cualquier matización posterior suene a excusa. Una vez que el marco "genocidio consumado" se instala en la audiencia, según la propia tesis de Lakoff, cualquier precisión jurídica rebota, porque el cerebro ya procesó el caso como cerrado. Ese salto, de "existe un proceso judicial en curso con hallazgos preliminares graves" a "esto es un genocidio, punto", no equivale a antisemitismo: es un atajo retórico, y exactamente el atajo que describe Lakoff, cuyas consecuencias no dependen de la buena fe de quien lo pronuncia.

LA SÍNTESIS

El cáncer del señalamiento virtuoso

El nudo que conecta a Salle con Andrade es el motivo por el que este ensayo no puede quedarse en "la derecha es antisemita, la izquierda no lo es tanto pero se equivoca de matiz". Eso sería cómodo y sería falso por incompleto.

Lo que Salle y Andrade comparten, más allá de que uno reproduce prejuicio antisemita clásico y el otro no, es la estructura de incentivos que los lleva a hablar así en público. Llamémoslo señalamiento virtuoso, la costumbre de convertir una posición política en una performance de pertenencia tribal, donde el premio no es convencer al que piensa distinto sino demostrarle a la propia tribu que uno está del lado correcto.

El señalamiento virtuoso funciona con una regla perversa: la matización no cotiza. Decir "esto es plausible pero no está fallado judicialmente" no genera aplausos en una asamblea ni en un stream. Decir "esto es genocidio, y punto" sí los genera. El costo social de la precisión es más alto que el costo de la afirmación rotunda, y ese desequilibrio de incentivos es el que empuja a dirigentes de uno y otro signo hacia la versión más extrema del propio marco, no la más exacta.

El costo social de la precisión es más alto que el costo de la afirmación rotunda.

El mismo desequilibrio de incentivos opera en el reflejo defensivo que describí al principio de este texto, el de gritar antisemitismo ante cualquier crítica a Israel. Organizaciones serias, como UN Watch, documentan con rigor casos reales de sesgo institucional: los antecedentes de Pillay, Sidoti y Kothari salieron, justamente, de ese tipo de trabajo. Pero la misma lógica tribal empuja a extender esa sospecha a cualquier hallazgo incómodo, sin distinguir caso por caso. Es la versión invertida de lo que hace Andrade con la palabra genocidio: convertir un juicio caso por caso en una convicción instalada de antemano.

Esto conecta directo con el hallazgo más incómodo del estudio de Diane Bolet y Florian Foos sobre normalización mediática, publicado en el *British Journal of Political Science* en 2025. Los investigadores midieron qué pasa cuando se expone a una audiencia a un discurso extremista: separaron el efecto de persuasión del efecto de normalización. Encontraron algo contraintuitivo: cuando un periodista confronta y desmiente en vivo al entrevistado extremista, la persuasión baja, pero la normalización sigue subiendo igual.

Traducido a este caso: no hace falta que la sociedad uruguaya le crea a Salle lo del judeosionismo para que su discurso cumpla una función de normalización. Alcanza con que esté en el Parlamento, con que un canal lo entreviste, con que se discuta si corresponde aplicarle el artículo 115. Y del mismo modo, no hace falta que cada



senador que usa la palabra genocidio esté pensando en antisemitismo para que ese vocabulario, replicado sin matices, termine bajando el umbral de lo que se puede decir después sobre "el lobby sionista" en la política regional.

Del lado exactamente opuesto del mapa ideológico aparece una réplica casi exacta de este mecanismo. En octubre de 2025, el PIT-CNT calificó al gobierno de Israel de responsable de "dos años ininterrumpidos de genocidio" y exigió que Uruguay cumpliera la orden de arresto de la CPI contra Netanyahu. Tres meses después, tras la captura de Nicolás Maduro por fuerzas estadounidenses el 3 de enero de 2026, el mismo PIT-CNT emitió un comunicado con la misma intensidad retórica, pero dedicado por completo a condenar la operación extranjera, sin una sola línea sobre los cientos de presos políticos que organizaciones como Foro Penal venían documentando en Venezuela desde hacía años. El ministro de Trabajo uruguayo Juan Castillo, dirigente histórico del PIT-CNT y del Partido Comunista, había sostenido en televisión que los venezolanos "eligieron" a Maduro en 2024, pese a que decenas de países cuestionaron esa elección como fraudulenta, lo que le valió una respuesta pública del entonces ministro Javier García: "habla de los desaparecidos en Uruguay, pero defiende al que desaparece personas en Venezuela".

No cambió el hecho. Cambió quién tenía el poder de decidir en qué esfera del discurso ese hecho iba a vivir.

Acá está el taboo de Overton operando en tiempo real, sin metáfora. Mientras Maduro retuvo el poder, la existencia de esos presos políticos vivía en la esfera de desviación para buena parte de la izquierda regional: mencionarla equivalía a repetir "propaganda de derecha". El proceso de excarcelación, iniciado el 8 de enero de 2026, fue gradual y mucho menos espectacular de lo que cualquiera de los dos bandos quiso vender después (49 liberaciones verificadas a los cinco días, 302 confirmadas por Foro Penal hacia fin de mes, con el propio chavismo reclamando entre 600 y 800, mientras Foro Penal seguía contando 711 personas

presas por motivos políticos al 29 de enero). Delcy Rodríguez recién anunció el cierre simbólico de El Helicoide, el centro de detención más señalado por denuncias de tortura, el 30 de enero. No hubo ninguna liberación masiva de un día para el otro. Pero el hecho de que existieran, algo que un día antes de la captura de Maduro era letra de panfleto opositor, un mes después era gestionado como política pública por el propio gobierno chavista, sin que nadie tuviera que pedir disculpas por haberlo negado.

Le puse cáncer al título de esta sección a propósito, y no fue solo por efecto. Un cáncer no se nota mientras crece, cambia de forma para no ser detectado por lo que lo debería frenar, y cuando por fin dan el diagnóstico ya hizo metástasis en tejido que no tenía nada que ver con el tumor original. El señalamiento virtuoso funciona exactamente así: no se presenta como odio, se presenta como fidelidad, como coherencia, como compromiso. Para cuando alguien nota que la variante uruguaya de un prejuicio con quinientos años de historia terminó alojada en un discurso de un senador comunista y en el de un diputado que se dice antisistema, la metástasis ya está hecha, y no hay biopsia posible que separe con precisión el tejido sano del enfermo.

VI

EL ENGRANAJE REGIONAL

Lo que HispanTV confirma y lo que quedó afuera



La propaganda estatal iraní conecta explícitamente a los dos extremos que vengo describiendo, y acá tengo que ser transparente sobre los límites de lo que pude verificar por mi cuenta.

HispanTV, el canal en español financiado por el régimen iraní, tiene una trayectoria documentada de desinformación antisemita en América Latina, según reporta el medio *Diálogo Américas* en su artículo del 13 de abril de 2026. El informe del Ministerio de la Diáspora y la Lucha contra el Antisemitismo de Israel, que sí pude leer completo en su fuente original, documenta el caso del jeque Abdul Karim Paz, al frente de la mezquita At-Tauhid en Buenos Aires y vinculado al canal Annur TV, que opera desde la misma dirección que la mezquita y difundió comparaciones entre Netanyahu y Hitler. Ese mismo informe registra que Paz negó, en una entrevista emitida por HispanTV el 19 de julio de 2023, cualquier

implicación de Irán en el atentado a la AMIA de 1994.

Lo que no pude sostener con una fuente que yo mismo haya leído queda afuera del texto en vez de dejarlo flotando como pendiente: circuló, en algún momento de la investigación de este ensayo, una supuesta reunión entre un asesor de Lula y una organización brasileña. No la pude confirmar en ningún documento primario, así que no aparece acá.

Lo que sí queda firme, verificado en fuentes primarias abiertas, es el patrón: existe un ecosistema mediático estatal iraní que reactiva tropos antisemitas clásicos bajo lenguaje geopolítico moderno, y existe, en paralelo, un ecosistema doméstico (uruguayo, argentino, regional) donde tanto la extrema derecha soberanista como sectores de la izquierda antiimperialista terminan, por vías retóricas distintas, ensanchando el espacio donde ese tropo puede circular sin costo social.

ACLARACIÓN DE FUENTES

Las citas atribuidas a Gustavo Salle sobre la masonería, la B'nai B'rith y la "cleptocorporatocracia judeosionista" fueron verificadas en fuente primaria (Montevideo Portal) de forma independiente. Las declaraciones de Óscar Andrade sobre "genocidio en Gaza" fueron confirmadas en cobertura de Caras y Caretas y openDemocracy. El estatus jurídico de los procedimientos ante la CIJ y la CPI fue verificado contra fuentes oficiales y periodísticas de 2024 a 2026. El informe del Ministerio de la Diáspora y la Lucha contra el Antisemitismo de Israel sobre Abdul Karim Paz y Annur TV fue leído en su fuente original. Una supuesta reunión entre un asesor de Lula y una organización brasileña, mencionada en etapas tempranas de esta investigación, no pudo confirmarse en ningún documento primario y quedó fuera del texto final. Las fotografías que ilustran este texto fueron generadas con inteligencia artificial y no representan hechos, lugares o personas reales; los esquemas conceptuales (la Ventana de Overton, las esferas de Hallin y el reloj de arena) son diagramas propios.

VII

CIERRE

Sin sermón

No hay una moraleja limpia con la que cerrar. Hay, más bien, una pregunta incómoda para cualquier sociedad democrática: qué puede hacer una república cuando descubre que el discurso de odio se normaliza tanto si se lo confronta como si se lo deja correr. Prohibirlo cada vez que asoma ofrece una respuesta rápida, pero insuficiente: una democracia liberal no puede combatir el prejuicio con las herramientas de los regímenes que dice rechazar sin erosionar aquello que la define. Mirar hacia otro lado, en cambio, en nombre del pluralismo, la prudencia o la lealtad tribal, tampoco es neutralidad: es la forma silenciosa en que un mismo prejuicio logra circular con disfraces distintos, sin que casi nadie pague un costo político por permitirlo.

Tal vez la salida no consista en elegir entre censura y tolerancia, sino en asumir una tarea más difícil y más republicana: distinguir, una y otra vez, entre el hecho verificado, la posición política legítima aunque discutible, y la reedición de un prejuicio antiguo presentado como novedad geopolítica. Esa distinción, no la censura refleja ni la tolerancia indiscriminada, es lo que permite discutirlo todo, incluso la relación con Israel o con cualquier otro Estado, sin convertir la discusión pública en una puerta de entrada para el odio. Es un camino más lento, menos rentable para la tribu y menos apto para el aplauso inmediato. Pero justamente por eso es el único que no le concede al prejuicio lo que más necesita: una sociedad demasiado apurada para recordar la diferencia entre disentir y odiar, o entre un disfraz nuevo y el prejuicio de siempre debajo.